

Pedagogía y patología de la vocación

Julio García Álvarez
Orientador vocacional

La vocación es una **entrega opcional de toda nuestra realidad**, y no sólo de la inteligencia, del sentimiento o de la voluntad. Es una opción de nuestra realidad en orden a la figura radical y última de nuestro, relativamente absoluto, yo.

La opción no es una tendencia o inclinación de nuestra anima, sino un acto de nuestra persona. Por esto, por ser opción personal, es radicalmente libre. Libre significa que no estamos arrastrados a ella coercitivamente, sino simplemente atraídos; somos nosotros los que determinamos hacer nuestra atracción. Libertad no significa arbitrariedad, sino opción no forzada, que está fundada en que nos atrae.

La vocación se refiere a la llamada que todo hombre experimenta, sea en su conciencia, o llegándole desde fuera, e incluso instados por Dios. Se trata de aquella convocatoria que la persona percibe o descubre y que le empuja a su plena realización humana nutriéndose de valores humanizantes. Éticamente, se mide por la calidad del compromiso hacia la causa del hombre, porque de todas las llamadas del otro, la que más nos *con-mueve* es la que viene del dolor que implora nuestra ayuda para liberarlo.

El peligro fundamental

Al hombre se le ha depositado el timón de la historia, de la propia y de la universal. Ha hecho muchas cosas que no debería haber hecho, pero

más grave aún: ha dejado de hacer aquéllas que debería haber hecho. Se ha resistido a vivir a tono con la plenitud de su humanidad y ha renunciado a su puesto crucial en medio de la realidad.

De hecho, el concepto que mejor expresa esta renuncia es «**apatía**». Entenderla, es entender la índole del mundo moderno y a nosotros mismos. Significa abandono, negligencia en ser realmente hombre. Descuido, terco o lánguido, para vivir a la altura de las exigencias de la propia humanidad. Significa negarse a participar en las alegrías y responsabilidades de la plenitud humana. Se trata de un rechazo del propio ser, de la propia realidad esencial que consiste en hacerse. De ahí que resulte tan prolijo y tiente al hombre a otras expresiones de inhumanidad. Lo conduce a lo que podemos llamar alienación.

Ser persona, significa aceptar la enorme tarea de decidir *quien quiero yo ser*; sin encarnar las imágenes estereotipadas que otros me asignan. Significa un desafío a todo concepto de la vida que ahogue la crítica o que elimine la capacidad creadora del hombre. Renunciar a todos estos privilegios, es cometer el pecado de acedía (a, sin; kelos, cuidado), es hundirse en la pereza.

Para colmo, ante nuestro miedo a la libertad, siempre habrá quienes se ofrezcan, como caudillos de fáciles salvaciones, a organizarnos la vida. Convertidos así, en mero número en medio de la masa anónima, estaremos presos de la inhumanidad.

La apatía es también, y principalmente, un pecado político. La existencia del hombre es, por

definición, una vida con y para el otro, que se torna prójimo: aquél con quien, a una, debo yo hacerme persona. Mi abandono rápidamente le afectará y terminará disminuyéndolo también a él.

Actuales dificultades

Hemos de señalar una gran dificultad en nuestros días. Hoy no se dispone de los medios necesarios para llegar a ser uno mismo. El mundo que nos toca vivir deja poca oportunidad para la configuración personal. Pretende imponer un único modelo válido, olvidando que la humanidad ha evolucionado cuando ha sido capaz de desobedecer, de decir no a las autoridades que trataban de amordazar los pensamientos y formas de vida nuevas, y a las acendradas opiniones según las cuales los cambios y las innovaciones no tendrían sentido. El leiv-motiv de todo humanismo ha sido: «Creo en esto y a ello dedico mi vida».

Además, en las sociedades empobrecidas se niegan la mayor parte de las posibilidades. Y en las enriquecidas, la necesidad de encontrar trabajo nos distancia del yo personal, pues no siempre encajan ocupación y vocación.

Una situación de crisis

Crisis en griego significa distinguir, elegir, preferir. En latín, se restringe a decisión. En nuestro entorno lingüístico se aplica a fenómenos concretos: cambio repentino o punto decisivo de un proceso.

Crisis es una situación de la persona; pues es la persona y no la realidad externa, la que se sitúa en relación de crisis. Es una condición humana. Aunque pudiera implicar a varias personas, nunca es colectiva, pues las respuestas son singulares.

Para el hombre bíblico, el éxodo de Israel desde la esclavitud y su camino por el desierto hacia la libertad, identificada con la tierra prometida, que hay que conquistar, es símbolo expresivo del trazado dialéctico de una crisis. Crisis en cadena, al final de la cual se llega a una estabilización como consecuencia del logro de objetivos.

Aunque siempre se tiene la convicción de que el propio tiempo es un tiempo especial por encontrarse en un giro decisivo de civilización, nuestras crisis son sustancialmente iguales a las del pasado, de las que podemos aprender. Las ciencias antropológicas y afines están analizando la evolución de la crisis generalizada, que abarca en el ámbito planetario las ideologías, la política, la economía, la técnica, la religión, el humanismo en su globalidad. Sin embargo, la crisis no se queda fuera, es de dentro del hombre: es crisis de identidad. Ante ella, las actuales valoraciones cristalizan en dos orientaciones: la pesimista que considera los desenlaces preferentemente obstaculizadores, y la optimista que lo ve como una etapa más en la búsqueda de realizaciones más válidas.

El camino del hombre sigue una línea ascensional y evolutiva en el que, como en todo desarrollo, surge la crisis. Ella puede estimular el desarrollo. Y ni siquiera debe producir cancelación de las virtudes. A veces, es conveniente pasar por las quebradas de la crisis para sacudir perezas y desapegos. Lo que fatiga de la crisis, no es la simple molestia de un interrogante, sino el tormento que produce la sensación de vacío y oscuridad. Crisis es también la búsqueda fatigada de sustituciones más válidas y puestas al día, no la pérdida dolorosa de las esencias. Es proceso de crecimiento hacia la edad adulta.

En medio de la crisis podemos ofrecer algunas pistas para afrontarla:

- Situarla en su verdadera dimensión, pues los errores de valoración sobre las causas, contenidos y ayudas extravían.
- Optimismo que tenga como seguro el desenlace positivo.
- Considerarla como una situación existencial global, lo que permite el adecuado enfoque sin parcialidad ni dramatizaciones.
- Echar mano de la literatura sobre el tema, pues son el repertorio cultural con el que contamos.
- Observar las experiencias ajenas, pues aunque toda existencia es irrepetible y singular, la libre inteligencia sabe, sin idolatrías, descubrir los parecidos entre sí y el modelo y transferirlos provechosamente.
- Comunicar a otros la propia situación de crisis, sin caer en exhibicionismos. Sabiendo que el aislamiento empobrece, la sabia búsqueda abre el corazón y pide ayuda.

- Ascetismo que ejercite las potencias personales.
- Ocasión de encuentro con Dios, pues al escrutar a fondo la propia realidad personal, puede descubrirse en el propio interior la morada del Dios que no abandona.
- Esperanza, que significa aceptación confiada del mañana, de la ayuda de los otros.

Un proceso de búsqueda

Lo que se quiere de nosotros, no nos es inmediatamente dado. Descubrir cual es la misión de una vida, para una persona o comunidad, no es algo que se pueda deducir inmediatamente sino objeto de una búsqueda. Sabemos los rasgos generales del hombre y la humanidad nueva, pero desconocemos los mecanismos concretos para alcanzarla. De hecho, como hemos dicho, estos han de recrearse por cada uno en cada situación. El problema se resuelve en un proceso de búsqueda que ha de tener estas actitudes:

- **Des-centración personal**, pues mientras estamos curvados sobre nosotros mismos, sobre nuestros prejuicios, ideas e intereses, no hay posibilidad de encontrar nada distinto de nosotros mismos. Para encontrar hay que salir. Para centrarse en algo, hay que des-centrarse de uno mismo.

Pero, ¿cómo salir de uno mismo más allá de las propias proyecciones? En primer lugar, rompiendo el círculo ideológico, puesto que vida y pensamiento se condicionan mutuamente. Hay ideas, tópicos aceptados, que bloquean y que habrá que eliminar. Hay que abrirse a nuevos modos de pensar que cuestionen nuestros modos habituales, exponiendo nuestra vida al contacto con los hombres y mujeres de nuestro tiempo, especialmente con aquéllos, los pobres, de donde nos vendrá una más fuerte llamada ética.

Desde luego es preciso cierta abnegación personal, a pesar de lo denostada que esté. Consiste en liberar energías para lo fundamental, lo que no es posible sin negar aquellos deseos, actitudes y conductas que nos distraen, que nos encierran en la repetición interminable de nosotros mismos.

- Descentramos para **centrarnos en alguien**, porque sin un centro de consistencia no se

puede vivir. Para el creyente, la ex-sistencia es estar en Dios y ver las cosas *como y desde* Él. Desde otra perspectiva, habrá que plantearse sobre qué se centra uno. Para ambos se trata de des-centrarse para ex-sistenciarse. En nuestros días, aún pudiera alcanzar al hombre religioso la duda que la filosofía de la sospecha lanzó: si centrarnos en dios nos aliena como hombres. A ellos hay que recordarles, que el Dios manifestado en Jesucristo, se ha mostrado empeñado en que el hombre llegue a ser hombre: un absoluto no dominado por nadie, e inclinado libremente ante Dios.

Para unos y otros, en todo caso, se trata de ser ex-sistentes para ser pro-existentes.

- Tercera actitud, **disposición para el análisis** de lo que nos traemos entre manos, para poder tomar decisiones.

Proceso de búsqueda que es **llamada y respuesta**.

Para el cristiano quien llama es Dios: sólo Él puede proponer al hombre un destino que afecte a toda su vida. Vocación y voz tienen la misma raíz. Pero Dios no llama siempre directa e inmediatamente. Se hace preciso descubrir los caminos en los que se encuentra apostado para vocear al hombre que pasa... Utiliza los medios normales y está presente en ellos como instigador y conductor de los hombres. Estos son los mismos caminos para el no creyente, con la diferencia de que no percibirá esa presencia y llamada trascendente. Entre ellos destacamos: *la voz de la sangre* (la tendencia «instintiva» o deseo íntimo que empuja hacia un modo de ser y rechaza otro), el ambiente (uno de los factores que más influye en la concreción de esa tendencia donde destacan las relaciones personales que frecuenta el sujeto, con la familia y la escuela como iniciadores de la vocación), y el momento histórico (cuyas necesidades y posibilidades pueden concretizar la tendencia de una persona).

Si la llamada señala o indica el camino, la acogida consiste en abrirse a la invitación para que disponga y empuje hacia donde empuja. Por un lado, sabemos que es difícil acertar entre la vocación auténtica y falsa. Por otro, la vocación cuenta con la facilidad de que desde dentro se siente uno impulsado y sereno.

Toda opción exige muchas renunciaciones. Las más difíciles son las que se veían cercanas y nostálgicas.

camente se mantienen ilusionando, pudiendo convertirse en un espejismo que las magnifique desde lejos.

Además, hoy se identifica crecer «desde» el propio yo, con crecer «hacia» el propio yo. El individualismo es destrucción de toda posible identidad. Y hay que insistir en algunos rasgos preocupantes del ambiente que afectan especialmente al joven (negativas para quien se deje llevar: pasotismo, hedonismo insolidario, narcisismo...).

El **discernimiento** de la respuesta, que no se agota en los comienzos, **ha de ser acompañado**: es difícilísimo encontrar solo la propia voz en medio de tanto ruido que amenaza con ahogarla. Es imprescindible encontrar un ámbito comunitario de diálogo o un acompañante para este proceso, que sin quitar protagonismo, ayude. De tenerlo, el acompañante debe prestar atención a todo lo que pasa en la vida cotidiana de la persona: sentimientos, vivencias, pensamientos, dificultades, logros, avances, retrocesos; todo lo que interese situar en la propia historia personal. Y debe apoyar efectivamente al acompañado en sus crisis, y dificultades.

Para que el punto de partida sea realista debe ayudar a tener en cuenta que:

- hemos nacido con una configuración biológica y cultural determinada.
- Nuestra vida pasada hace que la vocación vaya teniendo angostura
- Hay opciones que son irreversibles, lo que nos recuerda que es necesario tomar las opciones vitales cuando todavía es tiempo oportuno.
- Hay que prestar más atención a las actitudes básicas que a los actos concretos.

También debe evitar algunos **resortes que dificultan la maduración**:

- tendencia a depender excesivamente del pasado, por lo que tiene gran importancia el perdón del pasado que siendo real no condiciona.
- falta de respaldo afectivo: se quiere, pero no se puede porque faltan fuerzas por la amenaza de fracaso.
- huida a lo irreal, como Ícaro, cuando se trata de abrir la realidad a la utopía que tensa.

- alteración del equilibrio racional-emotivo.
- Inhibición que impida pasar a la realización. A veces se da gran locuacidad en lo teórico y un escamoteo de la vida.

Tras todo este proceso, que, como hemos señalado, no se reduce al inicial de definición, sino que es la tensión en la que consiste toda la vida, se llega a una **vocación madura**. Signos de que nos acercamos a ella son:

- Sentido de la realidad. Ser capaz de situarse no sólo en función de las necesidades propias, sino con una mínima objetividad.
- Cierta autonomía básica que surge de un conocimiento de sí en cualidades y limitaciones, autoestima, control y capacidad de actuar en libertad responsabilizándose de la propia vida y actuando con positividad.
- Capacidad de comunicarse: de dar y recibir ideas, acciones de la convivencia cotidiana, con iniciativa y adaptación.
- Cierta nivel de generosidad verificada: proponerse metas de superación en aras de un ideal, asumiendo las frustraciones inevitables.

Madurar la vocación y mantenerse fiel en ella es una tensión que acarrea luchas y trajines al interior y al exterior. La vocación pide discernimiento continuo. Además, crece allí donde la vida sorprende y desquicia. La debilidad propia y ajena, el dolor, el conflicto... todo ello debidamente procesado. Entonces, la vida se hace entrega incondicional en gratuidad. Así, nos sorprenderá el presente, nos proyectaremos al futuro, e iremos mirando el pasado con positividad y misericordia.

Bibliografía

- GARRIDO, *Proceso humano y gracia de Dios*, Sal Terræ.
MORENO *et al.*, *Diccionario de pensamiento contemporáneo*, Paulinas.
RULLA, *Antropología de la vocación*, (2 tomos), Atenas.
SAHAGÚN LUCAS, *Hombre, ¿quién eres?*, Atenas.
SASTRE *et al.*, *Diccionario de Catequética*, Paulinas.
VALLÉS, *Saber escoger. El arte del discernimiento*, Sal Terræ.